

Los agujeros negros del marxismo occidental: Respuesta a Dallas Smythe¹

Graham MURDOCK

(Traducción de Ana I. SEGOVIA)

(Abstracts y palabras clave al final del artículo)

Propuesto: 15 de marzo

Aceptado: 30 de marzo

El reciente artículo de Dallas Smythe “Communications: Blindspot of Western Marxism”² merece una seria atención por parte de aquellos interesados en la viabilidad de una teoría materialista de la comunicación de masas. De acuerdo con Smythe, no sólo no tenemos una teoría de este tipo en este momento, sino que ni siquiera tenemos las bases firmes para su desarrollo. Y ello, según él, es consecuencia principalmente de que el marxismo occidental sufre de un vacío a este respecto. No es sólo que las comunicaciones hayan sido un campo de trabajo infradesarrollado en el marxismo, sino que también los intentos de análisis que se han hecho hasta el momento no han sido concebidos adecuadamente. Éstos han tratado básicamente a los medios como parte de la superestructura ideológica y han ignorado o minimizado su integración en la base económica. Smythe arguye que se necesita dar la vuelta a este énfasis y devolver a la economía al centro del análisis cultural del marxismo. Para él, “La primera pregunta que el materialismo histórico debe hacerse acerca del sistema de comunicación de masas es *qué función económica del capital cumplen*, intentando entender su papel en la reproducción de las relaciones capitalistas de producción” (p. 1, en cursiva en el original). Es una polémica valiente, llevada a cabo con agudeza, que da cabida a casi todas las variables actualmente en boga del marxismo europeo. Su lista de “agujeros” incluye a Adorno y Horkheimer, y a Gramsci, junto con escritores contemporáneos tan importantes como Louis Althusser, Hans Enzensberger y Raymond Williams.

Smythe tiene razón sin duda alguna respecto al infradesarrollo del análisis económico en el trabajo sobre cultura y comunicación en el marxismo occidental. Sin embargo, no es el único con esta percepción. Un gran número de marxistas euro-

¹ N. T.: Publicado originalmente en *Canadian Journal of Political and Social Theory*, vol. 2, n.º 2 (primavera/verano 1978), pp. 109-119, bajo el título “Blidspots About Western Masxism: A Reply to Dallas Smythe”.

² N. T.: “Las comunicaciones: ‘agujero negro’ del marxismo occidental”, traducido al español en Richeri, *La televisión: entre servicio público y negocio*. Gustavo Gili, Barcelona, 1983, pp. 71-103.

peos se unirían a él para recorrer gran parte de ese camino. Las publicaciones más recientes de Raymond Williams, por ejemplo, están salpicadas de ataques hacia las versiones del marxismo que sobrestiman el papel ideológico de las comunicaciones. Como dijo en un artículo reciente, “el error principal” es que sustituyen el análisis de la ideología “con sus funciones operativas en segmentos, códigos y textos” por el análisis materialista de las relaciones sociales de producción y consumo³.

En su último libro, *Marxism and Literature*, el autor insiste en que “la inserción de los determinantes económicos en los estudios culturales es la particular contribución del marxismo, y hay ocasiones en las que su simple inserción es un avance evidente”⁴. Además, las cuestiones de determinación económica han suministrado recientemente el objeto de muchos de los análisis marxistas y *marxizantes* de los medios de comunicación británicos⁵. No obstante, estos estudios comparten con Smythe la cuestión del valor y relevancia de la tradición marxista occidental. Sin embargo mientras que para él es un obstáculo que debe ser despejado, para Williams, para mí mismo y para otros muchos en Gran Bretaña y Europa, es un recurso que se debe aprovechar. Es cierto que hay que abordar una reestructuración rigurosa y eliminar sus impurezas, pero quiero argüir que un compromiso crítico con el marxismo occidental es todavía indispensable para el desarrollo de un análisis marxista de los medios de comunicación de masas integrador y convincente. Aún es más, esto se produce porque los temas centrales del marxismo occidental son precisamente aquellos que no fueron suficientemente desarrollados por Marx y el marxismo clásico: la naturaleza del Estado capitalista moderno; el papel de la ideología a la hora de reproducir las relaciones de clase, la problemática posición de los intelectuales; y la formación de la conciencia en condiciones de consumo masivo. Smythe reconoce la importancia y centralidad duradera de estos asuntos y los coloca como áreas que requieren de un mayor desarrollo al final de su ensayo. Sin embargo, paradójicamente, da la espalda a las provechosas fuentes de análisis interno y conceptualización ofrecidas por el marxismo europeo. Este rechazo frontal parece tener sus raíces, a mi entender, en una visión sobresimplificada tanto de la tradición misma como de la experiencia histórica a la que se dirige. Este es el propio agujero negro de Smythe. Antes de profundizar en este punto, sin embargo, es necesario exponer su argumento un poco más a fondo.

Como se ha señalado anteriormente, Smythe no está solo cuando insiste en que los sistemas contemporáneos de comunicación de masas deben ser analizados como parte integral de la base económica así como de la superestructura. Esto es así evidentemente porque las comunicaciones son ahora grandes negocios con compañías de medios de comunicación de masas situadas entre las corporaciones más grandes de las economías occidentales más importantes. De hecho, algunos estudiosos han indicado que los cambios actuales, particularmente el giro general de las industrias

³ Raymond Williams, “Notes on Marxism in Britain since 1945”, *New Left Review*, n.º 100, enero/febrero 1997, p. 90.

⁴ Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Londres: Oxford University Press, 1977, p. 138.

⁵ Ver Graham Murdock y Peter Golding, “Capitalism, Communications and Class Relations”, en James Curran *et al* (eds.) *Mass Communication and Society*, Londres: Edward Arnold, 1977. Ver también la contribución de John Westergaard en el mismo volumen.

de producción a las de servicios así como el cambio de inversiones, del armamento a las comunicaciones, han hecho de las industrias de la información “uno de las líneas económicas líderes en el desarrollo del capitalismo multinacional”⁶. Aunque el interés principal de Smythe no es tanto la estructura emergente del capitalismo contemporáneo sino su dinámica subyacente. Para él la cuestión primordial concierne al papel de los medios de comunicación de masas en la reproducción de las relaciones capitalistas de producción. Su respuesta se centra en la parte que juegan “en la última etapa de la producción infraestructural donde se produce y satisface la demanda mediante la compra de bienes de consumo” (p. 3). En particular centra sus articulaciones en la publicidad y en la manera en la que los *mass media* crean “audiencias con especificaciones predecibles que prestarán atención en cifras predecibles y en momentos concretos a medios de comunicación particulares” (p. 4). Para generar estos bloques de consumidores estables, Smythe argumenta que los dirigentes de los medios inducen a sus audiencias mediante noticias y material de entretenimiento diseñados para mantener su atención, e inducen una respuesta favorable hacia los productos que se anuncian. Así, mientras reconoce que el contenido de los *mass media* juega un papel importante manteniendo y reproduciendo las ideologías dominantes, lo considera menos importante que su labor fundamental como creadores de audiencias-como-mercancías en venta para los anunciantes capitalistas monopólicos. A través de su exposición a los *mass media*, los miembros de la audiencia aprenden a comprar los productos anunciados y adquieren una disposición general hacia el consumo, completando de esta forma el ciclo de producción. Además, mientras hacen esto reproducen simultáneamente la fuerza de trabajo a través de la relajación y reemplazo de energía asociados al consumo.

A pesar de las reservas que expondré a continuación, Smythe merece crédito en al menos dos cuestiones. En primer lugar, en contraste con la mayoría de las discusiones marxistas sobre comunicación que parten de las afirmaciones más obvias de Marx sobre ideología, especialmente *La ideología alemana* y el Prefacio de 1859, su análisis se fundamenta principalmente en los trabajos económicos centrales, *El Capital* y el *Grundrisse*. Este nuevo enfoque hace posible que se destaquen varias formulaciones que habían sido descuidadas antes y que merecen la atención de los marxistas interesados en la comunicación. En segundo lugar, el propio intento de Smythe por aplicar estos análisis internos a la situación contemporánea tiene el éxito de demostrar su importancia para una comprensión total del papel de los *mass media* en las sociedades capitalistas. Desdichadamente, su argumento peca de algo parecido a la exageración.

El problema proviene en parte de su tratamiento de la situación norteamericana como paradigmática. “Los europeos que lean este ensayo —arguye— deben tratar de percibirlo como una representación de la escena norteamericana de hoy en día, y quizás también la suya” (p. 2). New York, Los Ángeles y Vancouver hoy, mañana Londres, París y el resto del mundo. Por supuesto que hay una medida de verdad en su afirmación: Norteamérica ocupa un papel fundamental en el sistema mundial de

⁶ Nicholas Garnham, “Towards a Political Economy of Culture”, *New University Quarterly*, verano de 1977, pp. 341-342.

medios —como fuente de propiedad e inversiones, como exportador de productos, tecnologías y modelos organizacionales, y como mercado clave para el material de habla inglesa—. Es cierto que ningún análisis de los sistemas de medios británicos y de la Europa continental estaría incompleto sin un análisis de sus diferentes conexiones con los sistemas norteamericanos. Aunque al mismo tiempo, la situación europea muestra importantes diferencias que se reflejan en el énfasis y preocupaciones de la teorización marxista. El fracaso de Smythe para reconocer y asumir estas diferencias ha producido sus propios agujeros negros sobre el marxismo occidental. Tres son las omisiones particularmente importantes en su ensayo:

1. Subestima drásticamente la importancia y centralidad del Estado en el capitalismo contemporáneo. Es verdad que se refiere a ello al mencionar los recientes trabajos de Nicos Poulantzas y Claus Offe, pero sólo en su última página y en gran medida como un pensamiento añadido. Ciertamente las implicaciones de su trabajo no son exploradas a lo largo de su ensayo.

La crisis continua de la rentabilidad ha provocado dos movimientos contradictorios dentro del capitalismo europeo. En primer lugar, varias industrias, incluyendo a la de los *mass media*, han sido testigos de una marcada concentración de la propiedad en tanto en cuanto grandes firmas han absorbido a las pequeñas en varios sectores. En un esfuerzo por mantener sus márgenes de beneficio estos conglomerados multimedia emergentes han buscado nuevos mercados, extendiendo como consecuencia su alcance e influencia. Algunos ejemplos: la institución de políticas de exportación agresivas, la apertura hacia nuevos productos como la radio comercial en Gran Bretaña y la llamada televisión “gratuita” en Italia, así como la incursión de la competitividad y los criterios de mercado en el hasta entonces sector público de las comunicaciones, como en el caso de la televisión francesa. Sin embargo, al mismo tiempo, según se profundizaba en la crisis, el Estado ha asumido un papel cada vez más importante a la hora de formular y dirigir la actividad económica y la política con la intención de garantizar las condiciones necesarias de existencia para una acumulación continuada. El resultado es una indisoluble pero contradictoria relación entre el Estado capitalista centralizado por una parte y el monopolio concentrado del capital por otra. Consecuentemente, como Bob Jessop ha señalado recientemente, “el análisis del Estado [...] es una condición previa absoluta para una adecuada teoría económica en la actualidad”⁷. De hecho, la misma noción de una Economía *Política* materialista presupone la centralidad de las relaciones economía/Estado. Cómo analizar de la mejor manera estas relaciones sigue siendo el objeto del debate apuntado entre los marxistas europeos, pero es un debate que falta en el texto de Smythe. Ni son cuestiones a tomar en cuenta sólo desde el punto de vista económico. Las relaciones problemáticas entre el capital y el Estado capitalista tienen repercusiones importantes desde el punto de vista social y cultural. Están situadas dentro del conflicto ideológico entre los criterios de rentabilidad opuestos a la necesidad y dentro de

⁷ Bob Jessop, “Remarks on Some Recent Theories of the Capitalist State”. Trabajo sin publicar, University of Cambridge, 1977, p. 40.

las luchas políticas entre la propiedad y el control público o privado. En este momento en Gran Bretaña, por ejemplo, se están produciendo prolongados enfrentamientos sobre el establecimiento de recursos para el cuarto canal de televisión, así como sobre la radio local comunitaria y la televisión por cable. Este patrón se repite en el resto de la Europa continental en diverso grado.

Pero está en juego algo más que una mejor descripción de la situación contemporánea en Europa. Si el marxismo pretende ir más allá del análisis crítico del capitalismo para desarrollar un análisis genuinamente comparativo de las transformaciones sociales necesita urgentemente de un marco adecuado para conceptualizar las relaciones complejas y cambiantes entre los modos de producción y modelos de Estado. Hay signos de que esta empresa, difícil pero necesaria, está ahora en auge dentro del marxismo, con el renacer de las investigaciones sobre el fascismo europeo, la avalancha de estudios a posteriori sobre el destino de Chile, y el interés creciente por la naturaleza de los Estados socialistas y sus problemas de transición. Esto último es particularmente crucial ya que, como remarca Tom Bottomore, una adecuada “sociología marxista en la actualidad debería ser capaz de proporcionar no sólo un análisis ‘real’ de la sociedad capitalista, sino también un análisis ‘real’ de aquellas formas de sociedad que han surgido de las revoluciones inspiradas por el mismo marxismo, pero que muestran aspectos problemáticos desde el punto de partida de la teoría marxista”⁸. Sobre este problema Smythe no dice absolutamente nada. Su análisis se aplica tan sólo a las economías capitalistas avanzadas.

2. La preocupación de Smythe sobre las relaciones entre comunicación y publicidad le lleva a minusvalorar la función independiente del contenido de los medios a la hora de reproducir las ideologías dominantes. Esto es particularmente evidente en el caso de los sectores con una dependencia mínima de los ingresos por publicidad: el cine, la industria de la música popular, los libros de cómics y ficción popular. Es verdad que éstos se articulan siguiendo el sistema de *marketing* a través de las ventas del equipo (se necesita un tocadiscos para reproducir los discos), a través del uso de estrellas del cine y de la música para avalar los productos, y a través de la producción de mercancías basadas en personajes de películas y cómics (camisetas de “La Guerra de las Galaxias”, jabón del ratón Mickey, etc.). Pero vender audiencias a los anunciantes no es la *raison d'être* primordial de los media. Más bien están en el negocio de vender explicaciones del orden social y de las desigualdades estructurales y canalizar las esperanzas y aspiraciones hacia objetivos legitimados. En resumen, trabajan con y a través de la ideología, vendiendo el sistema.

Estos medios no basados en la publicidad son casi ignorados en el texto de Smythe a favor de la prensa y la televisión comercial, que son los ejemplos *par excellence* de su tesis. Aunque secundarios, los sectores que ignora no son exactamente marginales. Ciertamente un análisis adecuado necesitaría incorporarlos, y aquí el marxismo occidental tiene de nuevo mucho que ofrecer. Los trabajos pertinentes incluyen: los escritos de Adorno acerca de la industria musical; los análisis de Gramsci sobre literatura popular; las investigaciones de Dieter Prokop sobre cine

⁸ Tom Bottomore, *Marxist Sociology*, Londres: Macmillan, 1975, p. 22.

contemporáneo; y la disección de Armand Mattelart de los cómics de Disney. Además de estos análisis de contenido y producción, otros se han preocupado por el problema de entender cómo las ideologías son internalizadas y fijadas en la conciencia de las audiencias. Los distintos esfuerzos de explorar las relaciones entre el marxismo y las ideas de Freud son probablemente los más conocidos. Éstos van desde los trabajos más tempranos de Wilhem Reich y los de la Escuela de Frankfurt a las recientes apropiaciones de Jacques Lacan⁹. Aunque estos intentos no siempre han sido particularmente exitosos o convincentes, al menos han abordado los problemas cruciales de la mediación y la recepción y han intentado explicar exactamente cómo las ideas de la clase dirigente llegan a constituirse en las ideas dirigentes de la época. En su afán por purgar todo rastro de idealismo de su análisis, Smythe ha eliminado por completo el problema de la reproducción ideológica.

Éste es un serio error. Los análisis materialistas han de empezar por reconocer que, aunque integrado dentro de la base económica, el sistema de medios de comunicación de masas es también parte de la superestructura, y por lo tanto juega un doble papel al reproducir las relaciones capitalistas de producción. Completa el circuito económico en el que estas relaciones descansan y a la vez pone en circulación las ideologías que los legitiman. Esta segunda función no se puede reducir a la primera. De hecho, como algunos recientes estudiosos han subrayado, el éxito de la reproducción ideológica es una de las condiciones clave para la existencia continuada de relaciones predominantes de producción¹⁰. Por lo tanto no es una cuestión de elegir entre teorías ideológicas y teorías de Economía Política, sino de encontrar modos de integrar ambas en una descripción más adecuada y completa. Para citar a Tom Bottomore de nuevo: “Este fenómeno, el mantenimiento de la sociedad capitalista a través de la reproducción de la cultura burguesa” todavía “tiene que investigarse con detalle”¹¹.

3. Smythe tiende a presentar las operaciones de los sistemas de medios de comunicación de masas como relativamente fáciles y sin problemas. Esto es no sólo sorprendente en cierto sentido desde el punto de vista teórico, dado el énfasis del marxismo en la contradicción y la lucha; sino que además no encaja con la situación presente. Como mencionamos antes, el sistema de medios británico es actualmente escenario de enfrentamientos prolongados sobre cuestiones de uso y control. Hay demandas a favor del avance de la nacionalización y la propiedad municipal, de una mayor descentralización y regionalización, de varias formas de control por parte de los trabajadores, y de una mayor participación del público en la planificación y la producción. Se están haciendo también demandas similares en el resto de Europa Occidental. Además, estas luchas están situadas dentro de patrones más amplios de conflictos de clase: entre diferentes facciones del capital, entre propietarios y personal de producción, entre intelectuales y trabajadores técnicos de dentro de las orga-

⁹ Ver por ejemplo Rosalind Coward y John Ellis, *Language and Materialism*. Londres; Routledge and Kegan Paul, 1977.

¹⁰ Este argumento es defendido con particular fuerza por Anthony Cutler, Barry Hindes, Paul Hirst y Athar Hussain en *Marx's Capital and Capitalism Today*, Routledge and Kegan Paul, 1977.

¹¹ Tom Bottomore, *op. cit.*, p. 30.

nizaciones de medios, y entre productores y consumidores. Smythe reconoce el problema de la lucha de clases como una de las áreas importantes que requieren de examen, pero no da ninguna indicación de cómo se puede acomodar dentro de su marco de análisis. De nuevo, sin embargo, algunas de las indicaciones más fructíferas provienen del marxismo occidental, particularmente de la obra de Gramsci.

Dado que estas cuestiones sobre relaciones económicas del Estado, reproducción ideológica y lucha de clases, parecen ser básicas para una teoría materialista adecuada de los medios de comunicación, ¿por qué Smythe las despacha tan pronto? La razón obvia es la falta de espacio. Lógicamente no tiene sentido esperar que un solo artículo ofrezca un marco de referencia completo. Sin embargo, es razonable esperar un grado de equilibrio entre los elementos importantes. Desafortunadamente el trabajo de Smythe está del todo desequilibrado. En su ansia por rechazar el marxismo occidental cambia sus prioridades y trata sus preocupaciones como periféricas. En parte tiene la intención de polemizar, pero pienso que es también sintomático de un error claro por parte de Smythe en su comprensión de la tradición. No establece una relación, simplemente se niega a admitirla. ¿Qué es entonces el marxismo occidental y qué tiene que ofrecer?

En su comprensión más amplia el término “marxismo occidental” cubre todas las variantes del marxismo que se desarrolló en Europa después de 1918. De esta forma se enfrenta a la otra gran corriente: el marxismo soviético. Aunque útil, esta distinción tiende a confundir sus límites. Por ejemplo uno de los marxistas occidentales más importantes, Georg Lukács, pasó grandes periodos de tiempo en la URSS, experiencia que se refleja en sus escritos. Por el contrario Trotsky es frecuentemente considerado como una especie de marxista occidental honorario. Pero incluso si dejamos estos casos ambiguos a un lado, el marxismo occidental todavía presenta una tradición intelectual marcadamente compleja y diversificada.

En términos generales los marxistas occidentales han concentrado más su atención sobre ideología y cultura (por razones de las que hablaremos), aunque siempre ha existido una vigorosa corriente de estudio sobre la economía, bien que subsidaria. De hecho, estamos sólo empezando a explorar este legado ahora; a entender el marxismo austriaco y en particular a Hilferding¹², a estudiar las implicaciones de los escritos de Pierre Sraffa¹³, y a reconocer las importantes contribuciones de figuras olvidadas como la de Sohn-Rethel¹⁴. Smythe está sin embargo en lo cierto al sugerir que los puntos de vista generados por los economistas marxistas nunca se han aplicado de forma sistemática al análisis de las comunicaciones de masas. Entre aquellos interesados fundamentalmente en la cultura y la ideología, hay que evidenciar otras divisiones importantes, notablemente la diferenciación entre aquellos que se implicaron en actividades políticas y aquellos que se apartaron de ellas. Mientras que el primer grupo encontró su base y audiencia principales entre los partidos de izquierda y los movimientos de trabajadores, el último encontró las suyas esencial-

¹² Ver Anthony Cutler *et al.*, *op. cit.*, Parte 1.

¹³ Ver Ian Steedman, *Marx After Sraffa*, Londres, New Left Books, 1977.

¹⁴ Un trabajo de Sohn-Rethel sobre una de sus mayores preocupaciones (*Intellectual and Manual Labour*) está listo para su publicación por Macmillan para este año.

mente dentro de las universidades y el *establisment* literario. Así la ruptura se dio básicamente entre los activistas y los académicos. El primer grupo incluye a Gramsci, Brecht y varias figuras menores como el trotskista Franz Jakubowski¹⁵, mientras que el segundo incluye a Adorno, Goldmann, Althusser y Raymond Williams (en su última fase). De la lista que nos ofrece Smythe (p. 22) está claro que es a este grupo académico al que más tiene en cuenta como representativo del marxismo occidental. De nuevo, no obstante, esta distinción no es tan firme como parece a primera vista. Louis Althusser, por ejemplo, se incluye habitualmente dentro de los más teóricos del marxismo occidental contemporáneo, aunque es también un miembro muy influyente del Partido Comunista francés, cuyos trabajos están empapados, si bien de forma muy subrepticia, por las polémicas del partido. De todas formas, la aserción de Smythe de que “los profesores marxistas” se han preocupado por cuestiones de filosofía, ideología y cultura es correcta en términos generales¹⁶. Él plantea la cuestión de por qué esto es así y expresa la esperanza de que otros traten de sugerir una respuesta. Incluso una respuesta medio correcta necesitaría de al menos un libro, pero por el momento tendrán que servir algunas sugerencias superficiales.

Para entender los agujeros negros e *idéas fixés* del marxismo occidental necesitamos situar su desarrollo en el contexto de la historia que lo formó. Como principio es útil distinguir tres amplias fases: los años de entreguerras, el periodo que va desde 1945 hasta el final de los años 60 y los años transcurridos desde entonces. Aunque algunos temas son comunes a los tres periodos, cada uno los ha modelado de manera distintiva.

La problemática central de los años de entreguerras estuvo marcada por el fracaso de las iniciativas revolucionarias en las economías occidentales avanzadas. Uno detrás de otro, los prometedores avances fueron rechazados y aplastados. Después, con el capitalismo enfrentándose a una crisis sin precedentes, en lugar de un resurgimiento del socialismo, echó raíces el fascismo y floreció precisamente en los lugares donde la revolución pareció más factible: en Alemania, en Austria y en Italia. No es nada sorprendente que la explicación de este giro espectacular se convirtiera en una necesidad de primer orden para los marxistas occidentales. Dado que la crisis económica no había conseguido auspiciar la revolución, la atención se volvió hacia las fuerzas que mantenían la cohesión y la dominación. Algunos como Trotsky, Franz Neumann y Sohn-Rethel¹⁷, se centraron en las nuevas formas de fascismo del Estado capitalista y sus aparatos coercitivos. Otros, Gramsci de forma notable, Adorno y Horkheimer, destacaron el papel jugado por las comunicaciones y la cultura en la formación del consenso de los gobernados. Esta segunda línea de

¹⁵ El trabajo más importante de Jakubowski, *Ideology and Superstructure in Historical Materialism*, fue publicado en inglés en 1976 por Alison and Busby.

¹⁶ Este argumento es también central para el reciente análisis y crítica de la tradición marxista occidental de Parry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, New Left Books, 1976.

¹⁷ El libro de Franz Neumann *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism* ha estado disponible en inglés desde principios de los 40. Los escritos de Trotsky sobre el Estado fascista fueron publicados en inglés en 1971 bajo el título: *The Struggle Against Fascism in Germany*. La obra más importante de Sohn-Rethel, *Okonomie und Klassenstruktur des Deutschen Faschismus*, sigue sin ser traducida al inglés.

investigación se vio además impulsada por la masiva expansión de las industrias de comunicación. Estos fueron los años que vieron el ascenso de la radio como medio de comunicación de masas, la introducción de las “imágenes” parlantes, el sofisticado desarrollo del periodismo fotográfico, y su completa integración dentro del aparato ideológico de los Estados fascistas. En este contexto de escalada propagandística, censura y represión, la cuestión del papel económico y comercial de los *mass media* parecía relativamente poco importante.

Una vez que la ideología se trató como un arma clave en el arsenal de la dominación de clases, el trabajo intelectual crítico con la cultura pudo considerarse como una contribución crucial en la lucha contra el fascismo y el sistema capitalista que lo sostenía. Para Horkheimer y Adorno esto significaba cubrir el vacío entre lo actual y lo posible; para Gramsci significaba una labor de educación constante para construir una contracultura radical entre los dominados. Este énfasis en la importancia del trabajo intelectual crítico y la práctica cultural dio un argumento profesional conveniente para los intelectuales marxistas. Porque, como Pierre Bourdieu ha destacado de forma irónica, nadie cree más fervientemente en el poder de la transformación de las ideas que los profesionales de la *intelligentsia* que deben su posición de clase a sus habilidades intelectuales¹⁸. En varias ocasiones esta ideología profesional se vio ampliamente reforzada por la propia experiencia biográfica. Adorno, por ejemplo, provenía de un medio donde la actividad cultural y el talento eran un valor central. Había coqueteado con la composición y la crítica musical. De manera similar no es particularmente sorprendente que Gramsci valorara la actividad educativa, dado que ésta le había proporcionado su propia ruta de escape de la pobreza y su ticket de entrada a la *intelligentsia* radical.

Pasado el periodo inicial de reconstrucción de la posguerra, las economías capitalistas avanzadas de Europa Occidental entraron en un ciclo de crecimiento que generó una rápida expansión en el consumo de bienes de ocio y entretenimiento. Muchos de estos procesos estaban dominados por productos y organizaciones de estilo americano, y se articularon de forma firme en torno al sistema de publicidad y *marketing* que Smythe describe. ¿Por qué entonces los marxistas occidentales han prestado en general menos atención a estos aspectos que a las cuestiones culturales y de transmisión ideológica?

Parte de la respuesta tiene que ver con la clasificación del marxismo soviético. En ese momento la atención concentrada sobre la cultura de los marxistas occidentales puede interpretarse como una reacción exagerada al economicismo de la línea oficial soviética y a la práctica política estalinista de la que surgía. Frente a la tendencia soviética de reducir las formas culturales a reflejo de clases y posición sociales, los marxistas occidentales enfatizaron la autonomía relativa de la producción ideológica y la complejidad de sus dinámicas internas. Raymond Williams, por ejemplo, dejó el Partido Comunista británico a finales de los 40 para comenzar una larga investigación de la tradición socialista británica en un esfuerzo por encontrar maneras no reduccionistas de conceptualizar las relaciones entre

¹⁸ Pierre Bourdieu, “Cultural Reproduction and Social Reproduction”, en Richard Brown (ed.) *Knowledge, Educational and Cultural Change*, Londres, Tavistock Publications, 1973

cultura y sociedad. En otros lugares, otros se comprometieron por su parte en la misma tarea. Por ejemplo, en Francia, Sartre luchaba por casar su existencialismo con su compromiso creciente con el marxismo; Lucien Goldmann estaba explorando las posibilidades ofrecidas por el trabajo de Lukács, y Roland Barthes estaba intentando integrar la lingüística de Saussure con una perspectiva marxista y aplicar el marco de referencia resultante al análisis de la cultura popular francesa. De nuevo, este proyecto intelectual general se sostuvo sobre consideraciones profesionales y biográficas. Desde luego no es casualidad, por ejemplo, que varios de los prominentes marxistas europeos del periodo de la posguerra comenzaran como filósofos profesionales (Goldmann y Althusser), o como escritores y críticos literarios (Sartre y Williams).

No obstante otra parte de la explicación yace en la textura cambiante del contexto social. La expansión del consumismo conllevó una reducción del conflicto industrial y la lucha de clases. La contradicción entre Capital y Trabajo se alejó del centro de atención y su lugar fue ocupado por conflictos enraizados en la edad, el género, la nacionalidad, la raza, y por encima de todos la brecha abierta entre los mundos desarrollado y subdesarrollado, entre los colonizadores y los colonizados. Además, estos conflictos aparecieron al principio como luchas culturales y políticas por la autodeterminación, por la liberación política y la autonomía cultural. Para muchos observadores de la izquierda parecía que la cultura no era sólo un terreno importante de lucha, sino quizás el *más* importante. Esta lectura equivocada de la historia alcanzó su cúspide durante 1967-1968, cuando por un breve momento pareció que la construcción de una contracultura radical unida al control de las instituciones claves de transmisión podría producir una transformación no cruenta del capitalismo.

Los años 70 han proporcionado un agudo correctivo a esta utopía, y conforme la crisis económica se ha ido profundizando, de igual manera el péndulo intelectual ha comenzado a oscilar hacia atrás, y cuestiones sobre dinámicas y determinaciones económicas han resurgido en el centro del debate marxista. La reapropiación de los trabajos económicos maduros de Marx; la renovada atención hacia los problemas básicos de la crisis y la caída del margen de los beneficios; el renacer del interés por figuras como Sraffa, indican un resurgir de la Economía Política marxista. Como consecuencia de este proceso han aparecido nuevas cuestiones en otras áreas claves del debate contemporáneo: la estructura y papel del Estado en el capitalismo contemporáneo, la dinámica de la estructura de clases y la lucha de clases, y la naturaleza de los procesos de legitimación. Por tanto en estos momentos el marxismo en Europa se encuentra en un punto de transición. Está asimilando el legado *culturalista* del marxismo occidental mientras se enfrenta simultáneamente a las implicaciones de una Economía Política emergente. Es cierto que ha de hacerse una elección, pero no como supone Smythe entre una teoría de procesos económicos por un lado y una teoría de ideologías por otro. Más bien es una elección entre las varias formas de conceptualización de las complejas relaciones *entre* relaciones económicas, ideológicas y políticas del capitalismo moderno.

El marxismo occidental tiene aún que jugar un papel indispensable en esta empresa. En primer lugar, se enfrenta a silencios teóricos reales dentro del marxis-

mo clásico, silencios que no pueden rellenarse adecuadamente con el esquema de Smythe. En segundo lugar, ya que está basado en procesos históricos que están aún desarrollándose, ofrece vías de acceso para el análisis de la experiencia contemporánea. Una cuestión como la comprensión del resurgir del neofascismo dentro de Europa es un ejemplo obvio de su continuada relevancia.

Reaccionar al excesivo énfasis del marxismo occidental en la cultura y la ideología eliminándolo por completo, como hace Smythe, pidiendo un nuevo y mejorado “marxismo eurocentrista” (p. 21), me parece una reacción exagerada que sustituye una serie de prejuicios y agujeros negros por otros. Mejor que rechazar la tradición europea de plano, necesitamos rehacerla críticamente, confrontar los problemas teóricos y las posibilidades que ofrece, elegir los conceptos e ideas que siguen siendo viables, y consignar el resto a la historia de las ideas. No hay ninguna duda de que el marxismo necesita ser reexaminado si pretende producir análisis convincentes de los sistemas contemporáneos de comunicaciones de masas. Como parte de esta tarea es cierto que necesitamos desarrollar las fértiles líneas de análisis esbozadas por Smythe. Pero también necesitamos asimilar y construir sobre las contribuciones de Gramsci, Althusser, Williams y otros. Porque sin ellos el marxismo de los 80 será con mucho el más pobre.

RESUMEN

Tras la publicación en el vol. 1, n.º 3 del *Canadian Journal of Political and Social Theory* (otoño de 1977) del artículo de Dallas Smythe sobre los agujeros negros del marxismo occidental, Graham Murdock elabora en este texto una respuesta a estas ideas. Si bien compartiendo su perspectiva de que hay que devolver a la economía al centro del análisis cultural del marxismo, aborda una serie de críticas. Para ello parte del problema de considerar la situación norteamericana como paradigmática, y se centra en poner de manifiesto sus diferencias con la situación europea. Éstas se reflejan en el énfasis y preocupaciones de las teorizaciones marxistas desarrolladas en Europa. Murdock acusa a Smythe de subestimar la importancia y centralidad del Estado en el capitalismo contemporáneo, de minusvalorar la función independiente del contenido de los medios a la hora de reproducir las ideologías dominantes y de presentar la evolución del sistema de los medios de comunicación de masas en la sociedad como falto de problemáticas concretas.

Palabras clave: agujeros negros en la teoría marxista, Economía Política de la Comunicación, medios de comunicación e ideología, medios de comunicación estadounidenses y europeos.

ABSTRACT

After the publication of Dallas Smythe paper about the blindspots about Western Marxism in the *Canadian Journal of Political and Social Theory* (vol. 2, n.º 3, autumn 1977), Graham Murdock answers in this text to these ideas. He shares with Smythe his perspective of putting again economy in the center of Marxist cultural analysis, but he exposes a series of critical ideas. Murdock reflects about considering the North-American situation as paradigmatic, and focuses on showing the differences between the situation in North-America and Europe. These differences are expressed in the interests and objectives of Marxists theories developed in Europe. Murdock accuses Smythe of underestimating the importance and centrality of the state in contemporary capitalism, of underplaying the independent role of mass media content in reproducing dominant ideologies and of presenting the operations of mass communications system in society as relatively smooth and unproblematic.

Key Words: blindspots about Marxist theory, Political Economy of Communication, mass media and ideology, US mass media, European mass media.

RÉSUMÉE

Après la publication dans le vol. 2, numéro 3 du *Canadian Journal of Political and Social Theory* (automne 1977), de l'article de Dallas Smythe sur les trous noirs dans le marxisme occidental, Graham Murdock répond dans ce texte à ses idées. Même en partageant avec Smythe la perspective que met l'économie au centre de l'analyse culturelle marxiste, il expose une série des critiques. Murdock réfléchit sur la considération de la situation nord-américaine comme paradigmatique, et se centre aux différences entre la situation nord-américaine et la situation européenne. Ces différences son exprimées dans les préoccupations et intérêts développés en Europe. Murdock accuse Smythe de infra-estimer l'importance et la centralité du État dans le capitalisme contemporain, de infra-valoriser la fonction indépendante du contenu des média dans la reproduction des idéologies dominantes et de présenter l'évolution du système des mass media dans la société comme en manquant d'une problématique concrète.

Mots clé: trous noirs dans la théorie marxiste, Économie Politique de la Communication, mass média et idéologie, mass média des États Unis, mass média européens.